



CARRILLO, Raquel: *Breve Historia de Tartessos*. Editorial Nowtilus, Madrid, 2011. 302 pp. [ISBN-13: 978-84-9967-165-9]

Este libro forma parte de la colección BREVE HISTORIA en el que la autora, especializada en Prehistoria y Arqueología, nos sumerge en el mundo de la magnífica civilización tartésica que floreció en el suroeste de la Península Ibérica entre los siglos IX y VI a. C. El esplendor y grandeza de esta sociedad quedará reflejado a lo largo de sus sugerentes ocho capítulos.

En la introducción (pp. 11-19), Raquel Carrillo nos adentra en la complejidad de un pueblo que, desde sus inicios, ha portado un aura de misterio sustentado por la escasez de noticias y los mitos generados en

torno a él. Considerado por muchos eruditos la civilización más antigua de Europa Occidental, Tartessos destacó por ser una amalgama de distintas culturas (indígena, fenicia y griega) que acabaron consolidando la propia identidad de este pueblo.

En el primer capítulo que lleva por título *Tartessos y la Atlántida: las fuentes escritas* (pp. 21-50), la autora comienza hablando de la geografía tartesia, difícil de precisar, que abarcaría la zona suroccidental de la Península Ibérica además de territorios de las actuales provincias andaluzas de Huelva, Sevilla y Cádiz. Pero los vínculos tartésicos van más allá y la arqueología los ha confirmado en zonas de Portugal, Extremadura e incluso en otras partes de Andalucía oriental. El núcleo tartésico se ubicaría en torno al río Guadalquivir (denominado Tartessos en las fuentes escritas) y al norte de su territorio nos encontraríamos con Sierra Morena, cuyos minerales (plata y cobre) supo aprovechar perfectamente Tartessos. Además, contaba con un litoral que le permitía mantener contactos con otros pueblos del Mediterráneo, lo que le proporcionó una posición de enorme privilegio.

El origen del floreciente Tartessos del que nos hablan los autores clásicos, debió formarse hacia el IX-VIII a. C., coincidiendo con el período de mayor auge de los contactos coloniales con los fenicios. Esta situación permitió que la estructura de Tartessos cambiara, pasando de una primera organización tribal comandada por jefes guerreros, a una sociedad más compleja en cuya cúspide se situaba un rey (Argantonio) y una élite aristocrática.

Pero los cambios producidos en el Mediterráneo también afectarán a este pueblo peninsular y los cartagineses ocuparán el lugar que antes pertenecía a los fenicios. El fin de esta civilización se produciría hacia la segunda mitad del siglo VI a. C., como consecuencia de toda una serie de acontecimientos que se sucederán a lo largo y ancho del Mediterráneo y que, de manera directa, afectarán a Tartessos.

Son diversas las menciones escritas que se hacen de Tartessos desde el punto de vista mitológico (el relato del tricéfalo Gerión, los reyes Gágoris y Habis, el fundador Nórax, el rey Terón, la Atlántida platónica), pero también histórico (el viaje de Colaios de Samos, la mención al rey Argantonio que narra el historiador Heródoto en su *Historia*, o las referencias geográficas que nos aportan autores de época romana como Estrabón en su *Geografía* o Avieno en la obra *Ora maritima*, aunque las fuentes utilizadas por ambos autores son mucho más antiguas) y que contribuyen en gran medida a esclarecer, pero también a dificultar, la labor de los historiadores en el conocimiento de esta civilización peninsular.

El segundo capítulo titulado *La Edad del Bronce: los antepasados de los tartesios* (pp. 51-73), analiza la edad del Bronce Final, período que abarcaría desde finales del segundo milenio antes de Cristo hasta los primeros siglos del primer milenio, con la finalidad de indagar en las raíces de Tartessos. A pesar de la escasa información que se tiene sobre esta etapa, los datos obtenidos muestran que los poblados tenían unas dimensiones no muy extensas, aunque

existían asentamientos de mayor envergadura (Carmona o el poblado de Setefilla en Lora del Río), alrededor de los cuales girarían los poblados más pequeños.

Otro aspecto importante es el mundo funerario, donde las estelas decoradas proporcionan valiosa información sobre las creencias que estas gentes tenían sobre el más allá. Sus apariciones se extienden por una amplia zona geográfica que abarca desde Extremadura, curso medio y bajo del Guadalquivir, sur de Portugal, la provincia de Zaragoza y fuera del ámbito peninsular, la parte meridional de Francia.

Respecto a la estructura social y económica en la edad del Bronce Final, mencionar que se trata de sociedades complejas que mantenían contactos con otras sociedades no solo peninsulares, sino incluso del ámbito europeo, gracias a los materiales encontrados. En el aspecto económico, su base principal sería la agricultura y la ganadería, pero la población comienza a especializarse en el trabajo y surgen los artesanos, cuya labor primordial sería la de explotar los recursos metalúrgicos de su entorno.

El tercer capítulo *Fenicios y tartesios* (pp. 75-111), versa sobre el papel que los fenicios jugaron en la formación de la civilización tartésica. Entre las metrópolis fenicias que mayor relevancia tuvieron para el sur peninsular destaca Tiro, porque de ella salieron los habitantes que fundarían una ciudad que mantendría una relación muy estrecha con Tartessos, Gadir. Las aportaciones fenicias a esta sociedad del meridional peninsular no sólo fueron de carácter

tecnológico (nuevas técnicas agrícolas, utilización del torno, la imitación de objetos orientales por parte de las poblaciones indígenas...) o urbanístico, sino también cultural e ideológico.

El siguiente capítulo, *Las relaciones con los griegos* (pp. 113-141), nos recuerda las dos referencias más significativas que poseemos sobre Tartessos y que fueron relatadas por el historiador Heródoto: la primera es el viaje de Colaios de Samos (VII a. C.) y la segunda la relación que Argantonio, rey de Tartessos, estableció con los focenses. El viaje de Colaios se enmarcaría dentro de la etapa que los historiadores denominan «precolonización», es decir, con contactos ocasionales, mientras que en el segundo relato las relaciones comerciales tendrían un carácter más constante.

Aunque la zona tartésica estaba bajo la influencia fenicia, los griegos también establecieron relaciones comerciales con Tartessos, principalmente focenses y samios, tal y como nos señalan no sólo las fuentes escritas, sino también los materiales hallados.

El quinto capítulo, *Arqueología: descubriendo la identidad de Tartessos* (pp. 143-171), se sumerge en los inicios de las investigaciones arqueológicas que para Tartessos estuvo en manos del alemán Adolf Schulten y del francés George Edward Bonsor. Pero sería a partir del tercer cuarto del siglo XX cuando los investigadores comenzaron a otorgar importancia no ya a la búsqueda de la ciudad, sino a los estudios económicos, sociales, políticos y culturales para lo cual era necesario concretar primero, qué

era Tartessos, en segundo lugar, qué objetos arqueológicos lo determinaban y, en última instancia, cuáles eran sus límites geográficos.

En el capítulo titulado *Economía y sociedad* (pp. 173-211), comienza analizándose la organización económica de Tartessos que, principalmente, se basaba en la ganadería (por ejemplo en zonas de montaña como Sierra Morena) y en la agricultura (valle del Guadalquivir). Respecto a esta última, los principales cultivos eran los cereales (trigo, cebada) y las legumbres, además de, con la llegada de los fenicios, el almendro, la vid y el olivo. En la ganadería predominaban los bóvidos y, en menor medida, los ovicápridos, suidos, equinos y gallinas. Como actividades adicionales estarían la caza (ciervos, conejos) y la pesca.

La siguiente de las actividades en importancia sería la minería (Riotinto...), donde se explotaban metales como el estaño, cobre, hierro, plata y oro.

La artesanía (cerámica, metalistería, orfebrería y eboraria) conservaría los métodos de épocas pasadas, pero adquiriría de los fenicios nuevas técnicas como el torno, la filigrana o el granulado.

Otra actividad sustancial de la economía tartésica fue el comercio, especialmente de metales, con los fenicios. Esta situación provocó que, a través de este contacto económico, se originara una aculturación social de carácter orientalizante.

El segundo punto a tratar en el presente capítulo es la sociedad. Una sociedad, la

tartésica, que evolucionaría hacia formas más complejas y jerárquicas a partir de la colonización fenicia. En la cúspide de su estructura social estaría el monarca (Argantonio es el único ejemplo de rey que puede considerarse histórico), seguido de la élite o aristocracia (la principal consumidora de productos de lujo como certifica el registro arqueológico funerario) y, en último lugar, el resto de la población (campesinos, agricultores y ganaderos). Dentro de este último grupo existirían una serie de profesionales que gozarían de cierta consideración debido a la labor que desempeñaban: artesanos, sacerdotes y comerciantes.

El capítulo séptimo, *Religión y mundo funerario* (pp. 213-258), trata de acercarnos al mundo religioso y funerario de Tartessos, donde las evidencias arqueológicas pueden proporcionarnos algunas respuestas a la cuestión. Se han descubierto en diversos lugares, tanto del núcleo tartésico como de la periferia, estructuras del período orientalizante que bien podrían haber tenido una función de santuario: El Carambolo, Coria del Río, Carmona o Montemolín y Cancho Roano. Respecto al mundo funerario son diversas las necrópolis que encontramos a partir del siglo VIII a. C.: La Joya, Bencarrón, Cruz del Negro, Las Cumbres y Setefilla. Los ritos funerarios practicados por los tartesios fueron la cremación y la inhumación, siendo el primero el más utilizado.

El capítulo titulado *El final de Tartessos* (pp. 259-285) expone las diferentes tesis que se barajan para el ocaso tartésico. La más aceptada pone el énfasis en la «crisis» que se originó en el siglo VI a. C. en el

Mediterráneo. Esta situación produjo un cambio en todos los ámbitos (político, social, económico...) que originaría, posteriormente, la aparición de los descendientes de los tartesios, los turdetanos.

En las conclusiones (pp. 287-297), la autora pone de manifiesto la autenticidad de Tartessos. Una civilización que supo adaptarse al contacto con otras culturas (fenicia y, en menor medida, griega) y que logró poder asimilar a su propia situación. Esta realidad convierte a Tartessos en una sociedad única e irrepetible del suroeste peninsular en el período correspondiente a la Edad del Bronce Final.

Breve Historia de Tartessos es un magnífico libro que ilustra de manera íntegra la historia de esta gran civilización peninsular. Una atractiva narración que unida a las numerosas fotografías que ilustran los diversos capítulos de la obra, proporcionan un placentero deleite, no sólo al especialista en el tema, sino también al público ávido de conocimientos, inquietudes o simple indagación. El libro se cierra con una bibliografía elemental en donde, lejos de ser una crítica, echo en falta autores de la envergadura de Domingo Plácido, Gonzalo Cruz Andreotti..., pero como bien señala la autora en su introducción, «este libro quiere ser una historia completa, aunque sucinta, de Tartessos...» (p. 14) y el excelente resultado, así lo determina.

José Javier Vilariño Rodríguez